



Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México)

ISSN: 0185-1284

ISSN: 2448-878X

rlee@ibero.mx

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

México

Caballero Merlín, María del Refugio
Huellas docentes, más allá de la pandemia
Revista Latinoamericana de Estudios Educativos
(México), vol. LI, núm. Esp.-, 2021, Julio-, pp. 339-344
Universidad Iberoamericana, Ciudad de México
Distrito Federal, México

DOI: <https://doi.org/10.48102/rlee.2021.51.ESPECIAL.472>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27067721017>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Huellas docentes, más allá de la pandemia

Teachers' Traces, Beyond the Pandemic

María del Refugio Caballero Merlin
ESCUELA NORMAL DE EDUCACIÓN PREESCOLAR DE OAXACA, MÉXICO
identidadyformaciondocente@gmail.com

*Porque es necesario que sepáis todos
que los hombres no trabajamos para nosotros
sino para los que vienen detrás,
y que éste es el sentido moral de todas las revoluciones,
y en último caso, el verdadero sentido de la vida*

Federico García Lorca (1931).

Como en los diagramas de Venn-euler, la intersección con la docencia comenzó quizá desde los seis años de edad, y hoy, después de 49 años, me emociona y aún no culmina.

Para nadie es desconocido que en la historia de la humanidad han existido guerras, conflictos y luchas por el poder; desde que el hombre apareció en la faz de la tierra inició ese trayecto que implica retos y desafíos por mantener un equilibrio obligado por la propia percepción. Conforme se fueron haciendo complejas las circunstancias del entorno, el modo de vida se fue complicando.

En cada sujeto se resumen las batallas de la humanidad, acometidas internas y externas de diferente orden: económico, político, cultural; pero en este escrito me refiero, de manera específica, a las luchas agotadoras y fatídicas que afronta un docente en su quehacer cotidiano, que supongo derivan de la búsqueda del poder y el dominio cuya explicación o sentido no es otro que dejar huellas en la memoria de sus estudiantes, sin ser sabio o teórico: conseguir la trascendencia en sus corazones como ejemplo de pureza, distinción o baluarte de la educación y la sabiduría.

Se trata de una lucha por reafirmar su identidad como docente, por conseguir la hegemonía en un espacio institucional dedicado a la educación; es un predominio del que pocas veces nos percatamos, el que mueve las piezas internas que chocan, se equilibran o se combinan con las circunstancias exteriores. Donde hay un dominador con “aptitudes” y “capacidades” y un dominado de cuerpo políticamente dócil quien a voluntad entrega su libertad y obedece (Foucault en Esteban, K., 2015).

Hoy, fuera del aula, en apariencia recupero la libertad para no someter, ni ser sometida. ¡Bendita pandemia!, que me da el tiempo para seguir respirando y aprovechar la oportunidad de entenderme y entender a los demás; para cuestionar la profesión a partir de la cual vivo: ¿qué poder busco, delirante, como docente? ¿Qué sentido tiene el trabajo que despliego para con mis alumnos? ¿Qué poder buscaban los formadores de docentes cuando yo era estudiante? ¿Quiénes querían dominar? ¿Para qué? ¿Qué de ellos ahora son huellas en mí y dan rumbo a mi hacer?

En el campo de la pedagogía se afirma que

el maestro ocupa un lugar especial en la formación de ideas, actitudes y modos de interpretar la realidad de los alumnos; además, tiene ascendiente sobre ellos por su condición de adulto y de maestro e influye significativamente como modelo de conducta (Fierro, Fourtoul y Rosas, 2003, p. 141).

Y así es, como alumna de las escuelas a las que asistí, me pude dar cuenta de que mis maestros tenían esa necesidad de tener dominio sobre su ascendencia, y los conflictos entre ellos eran evidentes. Por las nítidas imágenes que vienen a mi memoria de los maestros que me formaron como profesora de educación primaria, los describo: los líderes, varones, nos contaban chistes, se mostraban muy simpáticos y, ganada nuestra sonrisa, aprovechaban para hacer críticas a quienes dirigían la institución o gozaban de nuestro cariño; emitían grandes discursos “en defensa de los valores universales, la democracia y los necesitados”; sus discursos ganaban adeptos para muchos fines: mal mirar a algunos, aplaudir a otros, cumplir y trabajar con unos y no hacer nada con otros, separar carreras y formar nuevas

escuelas, se podían nombrar luchadores sociales y se enorgullecían de sus “logros”. Desde luego que en todo ello es posible percibir los rasgos de los conflictos de la humanidad.

Con el tiempo, me hice su compañera de trabajo, las versiones y los discursos tomaban otros significados; esos líderes no respetaban sus horarios, trabajaban lo menos posible, hacían todo por correr a quienes no los seguían, se oponían a todo. A ninguno de los que conocí y conozco se les ha hecho un monumento. Poco a poco se han ido al olvido. Recuerdo solamente a tres; a una de ellas, por los estudios y preparación minuciosa de su sesión de clase teórica, otra por la sistematicidad en la elaboración de los documentos de planeación docente, y una más que nos remitía a ejemplos específicos para dirigirse y desenvolverse en el aula. Curiosamente tres mujeres y no los líderes.

Me percate de que esa ascendencia a la que se refieren Fierro, Fourtoul y Rosas es la que quizá provoca tan intensos problemas entre compañeros, celos y recelos, pues no es solamente la lucha por conseguir la mejor clave y un salario mayor, pues si eso fuera lo único, estoy segura de que quienes gozan de las percepciones económicas más altas trabajarían y convivirían en un ambiente sin tropiezos. Pero no, todos entramos en pleito, todos anhelamos lo imposible, peleamos porque la generación saliente de estudiantes nos elija para portar nuestro nombre o para ser el bienhechor elegido. Algunas otras veces esperamos que los estudiantes envíen documentos a las autoridades solicitando nuestros servicios por “ser excelentes” y nos regocijamos de mala fe cuando sucede o alguien logra que los grupos escolares hagan lo contrario, “rechazar la sapiencia” de algún compañero.

Todo ello genera total incertidumbre, tensiones, sentimientos de extrema vulnerabilidad, no sólo para los estudiantes, que no saben con quién “quedan bien” y con qué comentarios mostrarse divertidos, sino también para los docentes, porque no saben si concentrarse en la materia de trabajo o esmerarse en portar una armadura con un sello fútil que agrade y les asegure la permanencia en el aula y la certeza de su salario.

Qué doloroso es padecer perversiones, corrupción, manipulación, violencia y degradación; pero gracias al estado emotivo y de

meditación durante la pandemia por Covid-19, se encuentra la explicación para reconocer y entender que esas huellas son irremediablemente sanadoras.

Desde luego que el olvido no es lo que quisiéramos los docentes, pero si el rostro de nuestros abuelos y padres se nos olvidan, ¿cómo queremos que como maestros seamos inolvidables? ¿Cómo quiero que no me olviden mis alumnos y maestros?, si yo misma he olvidado a la mayoría de ellos. Si acaso recordamos a alguno, lo hacemos, pero no con el amor profundo con el que quisiéramos que nos recuerden.

Ahora puedo darme cuenta de cómo, desde la Teoría del Poder de Foucault, citada en Esteban (2015), el ir y venir entre ser dominada y dominar, sometida y someter, como “libre”, adversaria, blanco o apoyo, avanza en la vida a un ritmo que no acaba ni me permite señalar todos aquellos elementos que me constituyen y han dejado rastro en mi quehacer docente, que me hacen pensar de este modo. De lo que estoy segura es de que como en otros casos de hombres o mujeres, lo que se puede observar hacia afuera, lo observo hacia adentro. Hacia mi interior puedo vislumbrar que quizá me mueve la necesidad de reconocimiento de los saberes o no sé si también pueda ser algún temor por lo que no se sabe.

En mi imaginario quisiera que los estudiantes perciban el entusiasmo por conocer, por saber, por abrir los ojos a la vida, a la educación, a la pedagogía, a la psicología, a la sociología y la filosofía...

Hablo por mí, quisiera hablar por los demás como estamos acostumbrados, pero al hablar por mí es posible que los demás encuentren algunas coincidencias; nunca sabremos de discurso alguno que sea imparcial, lo que en los últimos años de vida laboral me resulta apremiante es aportar esta percepción para que los estudiantes estén preparados para ver y escuchar y sepan que esta lucha interna-externa existe y se convierte en huellas imborrables con y sin pandemia; ojalá que la reflexión me dure, ojalá que la quietud y los cuidados a los que nos obliga perduren.

Como en otros momentos, se nos impone “la idea de una formación que responda a todas las interrogantes, a todos los desórdenes, a todas las angustias de los individuos y de los grupos desorientados y movilizados por un mundo en constante mutación y, además, des-

estabilizado” (Ferry, 1990, p. 45), pero nadie nos pregunta qué hay dentro nuestro para responder a todos esos retos, como los que hoy la pandemia por Covid-19 exige. Si me preguntaran, les diría que tengo las huellas que la docencia me ha dejado como mis maestras, mi fuerza y mi motivación.

REFERENCIAS

- Esteban, K. (2015). La teoría del poder de Foucault en el ámbito educativo. *Horizonte de la ciencia*, 5(9), 127-133. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5420558>
- Ferry, G. (1990). *El trayecto de la formación. Los enseñantes entre la teoría y la práctica*. México: UNAM.
- Fierro, C., Fourtoul, B., y Rosas, L. (2003). *Transformando la práctica docente*. México: Paidós.
- García Lorca, F. (1931). *Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros*. <http://www.cervantesvirtual.com>